

Fros y Psique

En un bello pueblo gallego vivía un matrimonio que tenía tres hijas. Las dos primeras eran muy hermosas. Para ensalzar la belleza de la tercera, Psique, no es posible hallar palabras en el lenguaje humano.

Numerosos reporteros locales la comparaban con la propia Afrodita, una dama poderosa y terrible, acreedora de la mayor parte de premios a la mujer más bella del mundo pero no advirtieron que tal comparación atraería sobre la bella y bondadosa joven un destino funesto.

Las hermanas mayores de Psique, Morgana y Úrsula, se habían casado ya y sus padres consultaron, como era por entonces costumbre, a una adivina local para saber cuál sería el destino de su hija pequeña: "debe ir a la cumbre de Pena Trevinca y allí conocerá la verdad", dictó la vidente.

La extraordinaria belleza de Psique llegó irremediablemente a oídos de Afrodita, recluida en su Pazo de San Simón, en tierras de Arcade. Todos, a su alrededor, alababan en extremo la dulzura y pureza de la joven y los constantes elogios a la adolescente encendían una y otra vez la cólera de la hasta ahora reina entre las bellas.

Celosa de la hermosa Psique, despechada en su orgullo y altivez, Afrodita encargó a su hijo Fros, un famosísimo mago, que le lanzara a la joven adolescente una flecha hechizada que la enamorase del monstruo más horrible y ruin posible.

Como cualquier otro encargo de su madre, Fros aceptó el mandato y se entretuvo aquella tarde preparando meticulosamente los útiles

necesarios, arco y flechas, pócimas y venenos para cumplir profesionalmente con su trabajo.

Cuando Psique alcanzó la cima de la montaña halló una piedra sobre la que quiso recostarse. Estaba cansada tras la ascensión. Fros aguarda en su escondite. Divisa a Psique relajada, a punto de entrar en sueño. El hijo de Afrodita había pensado que sería más fácil acertar con la flecha con la joven en reposo. A pesar de ser un excelente tirador no se arriesgaría a fallar.

Levantó el arco hasta el hombro, dispuso una saeta con la punta envenenada y tensó su brazo con mucho cuidado. Psique dormía plácidamente, ajena al peligro. Su rostro, relajado y sereno, desprendía tranquilidad. Pudo percibir durante un tiempo su cabello dorado, su piel fina, su cuello delicado, su pecho breve, la hermosura de su gesto. Un jilguero se posó en su muñeca y entonó un trino. No era posible, no. Ya no tuvo fuerzas para soltar la cuerda. Fros, el enamorado, el envenenador de sueños, había sido envenenado. No por una flecha ni por una pócima ni siquiera por un ungüento. La belleza extrema de Psique, su adorable placidez y la inocencia de su rostro durmiente habían podido con él.

Posó arcos y flechas, pócimas y ungüentos y se dirigió hacia la joven.

Al despertar en la casa de Fros, Psique se quedó asombrada y unas voces angélicas la invitaron a acostarse en un lecho. Cayó la noche, y en la oscuridad sintió Psique un rumor. Pronto supo que su secreto marido, Fros, se había deslizado junto a ella. La hizo suya dulcemente, y partió antes del amanecer.

Para evitar la ira de su madre, Fros se presentaba siempre en la oscuridad, y prohibía a Psique hacer cualquier intento para averiguar su identidad. Cada noche, se amaban.

Un día, Psique le contó a su amado lo mucho que echaba de menos a sus padres y hermanas y que quería verlos. Fros, preocupado porque al oír eso un escalofrío le recorrió el cuerpo, le advirtió que sus hermanas querían acabar con su dicha, pero Psique ya estaba decidida, necesitaba abrazar a su familia.

A la mañana siguiente, Psique partió a su antiguo hogar. Estuvieron hablando largo tiempo en el Psique contó que dentro de unos meses serían tías, pero que todavía no se lo dijeran a nadie porque ni siquiera el futuro padre lo sabía. Todo se complicó cuando sus hermanas le preguntaron, envidiosas, quién era su marido. Psique, incapaz de explicarles cómo era su marido, acabó confesando la verdad: que no sabía quién era. Así, Mogana y Úrsula le aconsejaron para que en mitad de la noche encendiera una lámpara y observara a su amado, asegurándole que sólo un monstruo quería ocultar su verdadera apariencia.

Esa noche, tras hacer el amor, Fros se durmió, como siempre, abrazado a Psique, pero esta hoy no tiene sueño. No sabe qué hacer, sabe que si enciende la lámpara Fros perderá la confianza en ella, pero ¿de verdad la tiene ahora?, y si es así ¿por qué nunca lo deja verlo a la luz? Después de dos largas horas de meditación, temblorosa enciende la luz para verlo, con la mala suerte de que al ver la hermosura de su amado se pone nerviosa pensando en lo inocente que ha sido y derrama sin querer de la mesita de noche un frasco de colonia, provocando un fuerte ruido que hace que Fros se

despierte y tras descubrir la escena abandona, decepcionado, a su amante.

Queda Psique desolada buscando recuperar, inútilmente, a su amor. Cuando Afrodita da con ella menosprecia el embarazo de la joven y decide someterla a cuatro pruebas. La última prueba era la más terrible: Psique tuvo que ir a Libia, que estaba en plena guerra, en busca de una cajita que contenía un poderoso maquillaje anti edad que utilizaba regularmente Afrodita. De regreso, decidió abrir la caja y tomar un poco de para si misma, pensando que si hacia esto a Eros le gustaría más. Pero dentro había un «sueño estigio» que la sorprendió. Eros, que la había perdonado, fue hasta su cuerpo y limpió el sueño de sus ojos, suplicando entonces a sus padres su permiso para casarse con Psique. Éstos accedieron y el hijo que éstos tuvieron se llamó Placer.